

Tejidas en confusos desvarios,
 Unos por huir del fuego á la agua fria,
 Y otros por apagar el que ya ardia.
 Los dos guerreros con la hermosa dama,
 Validos del favor del aire obscuro,
 A un capitan, que con su gente y fama
 Hacer parece al mar campo seguro.
 Del claro incendio, y la grasienta llama,
 Que alegre hierve en el breado muro,
 ¿Quién la sembró? preguntan, y el pagano
 Así en estilo respondió villano:
 «¿Vosotros por ventura sois nacidos
 De las incultas rocas desta sierra,
 Que solos ignorais los nunca oídos
 Destrozos desta estraña y nueva guerra?
 ¿O sois á dicha en compañía venidos,
 Del que en la mar ardiendo y en la tierra,
 A sus victorias y obras temerarias
 Tan crueles deja y tristes luminarias?
 Daos á prision: sepamos ¿á qué parte
 Del mundo vais? ¿quién sois? ¿de qué naciones?
 ¿Y si en quitar acaso fuisteis parte
 Hoy una infanta á treinta Nasamones?»
 Dijo, y cuando el leonés, que hecho un Marte,
 Como español escucha sus razones,
 Como español tambien en la respuesta,
 Mas que la lengua, fue la espada presta.
 La mano que le fue á tomar la rienda,
 Para della prendelle, le echó al suelo,
 Y en fiero asalto, y lóbrega contienda,
 A unos heridas da, y á otros recelo:
 La ciega noche una batalla horrenda
 Del nuevo hizo y mal fundado celo,
 Y el daño hecho en la cobarde gente,
 De mayores recelos el presente.
 Los dos por no perder la bella Arlaja,
 En defenderla, y defenderse atentos,
 A unas rocas que el mar de espuma cuaja
 Cuando le alteran con soplar los vientos,
 A espacio se retiran con ventaja,
 Y del áspero risco en los asientos,
 Por donde el mar sus ásperas alcobas
 De marisco le viste, y verdes ovas,
 Un barco vieron suelto, y que la gente
 Que en él ha de ir se embarca con recato,
 Al tiempo que la aurora en el Oriente
 Labraba en oro el día su retrato:
 Zarpaban ya del ancla el corbo diente
 Por hacerse á la mar, cuando el rebato
 Sobre ellos arrojó á los guerreros,
 Menos seguidos ya, y con menos fieros.
 Gundémáro que halló el batel á punto,
 Por medio el crespó mar metió el caballo,
 Hasta llegar de su bauprés tan junto,
 Que á su satisfaccion pudo abordallo:
 Cuando en la popa vió el bello trasunto
 De Zoraida y su amigo, y fué á abrazallo
 Quitado el yelmo, y dellos conocido,
 El dudoso placer salió cumplido.
 Supo allí el rey que Angélica la bella
 Huyendo va en ligera fusta á España
 De un jayan espantoso, que por ella
 Mortandad en Biserta ha hecho estraña,
 Donde al persa feroz para ir á vella
 Con esperanza nueva amor le engaña,
 Y ya en un barco todos, y un intento,
 Las anchas velas dan al fresco viento.
 Preguntó el rey al noble Floridano
 De la huida de Angélica el motivo,
 ¿Quién el bulto persigue soberano?
 «No es, dijo, el español pecho inhumano
 Arma arrogante, ó gusto vengativo,
 Quien la sigue es amor, la dulce guerra
 Que hacen sus ojos la echan de la tierra.

¿Quién la sangrienta trápala y ruido
 Que ayer por su ocasion se vió en Biserta
 Contar cual fue sabrá? ó ¿cual ha sido
 Del grave daño la ocasion mas cierta?
 Despues que presa en el jardin florido
 De Alcina fue en su insula encubierta
 La Angélica beldad, y ante tus ojos
 De un corsario feliz ricos despojos,
 Y despues que en la mar la noche obscura
 Su vista nos quitó, y ofuscó el tino,
 Y al perderse la luz de su hermosura
 La bonanza perdimos, y el camino,
 Llevados de una en otra desventura
 No vimos mas su bulto peregrino,
 Hasta que ayer tras su fortuna incierta
 Huyendo de un gigante entró en Biserta;
 Y de allí en un bajel, que en aquel punto
 A la vela salia, voló á España,
 Cuando el jayan llegó, que era un trasunto
 Del ciego infierno en la braveza y saña:
 Como toro ferz á un pueblo junto
 En barreado coso, ó en campaña,
 Solo arremete, y solo hace calle,
 Puebla barreras, y despuebla el valle.
 Así, él siguiendo de la bella dama
 El fresco rastro, entró en el pueblo moro
 De una serpiente armado, cuya escama
 De una en otra se engaza en nudos de oro:
 El turbio Egeo cuando en torno brama
 De Aulide al risco con hervir sonoro,
 Ni en braveza se muestra tal, ni tanta,
 Ni mas á quien su furia mira espanta.
 De horrible vista, de cabello verto,
 De secos labios, de sangrientos ojos,
 De negro polvo y de sudor cubierto,
 En ronco aliento, respirando enojos,
 Cansado el cuerpo del camino incierto,
 Mas no el alma feroz de sus antojos,
 Que al fin sabroso, donde ufano mira,
 Con mil rayos de honor y amor respira;
 Y como no halla á quien siguiendo viene,
 Bramando pide á voces la doncella,
 ¿Quién, cuándo, cómo, adónde está, y la tiene
 En guarda oculta, ó sabe nuevas della?
 Ni aquí ni allí se pára ni detiene,
 Que rabioso por vella, y por no vella,
 La ardiente clava con furor violento
 Uno y otro abaraja, treinta y ciento.
 En la plaza á la tropa de la gente,
 Que quiso por su mal tomarle el paso,
 Vuelto en el talle y el furor serpiente
 Destrozo hizo horrible, y cruel fracaso:
 Armas, huesos y carne, pecho y frente,
 Aplasta, muele, amasa, y no da paso
 Que alguna vida misera no cueste,
 Matando al uno, al otro, aquel y á este.
 A Cardel, de la reina Zaida hermano,
 En el herir y en el tañer maestro,
 Con un golpe mató, y de otro á Uliano,
 En jugar y en hacer caballos diestro:
 Y entre un confuso vulgo, el brazo insano,
 A un cabo y otro, á diestro y á siniestro,
 Espantosas heridas da y revuelve,
 Y mil por una que recibe vuela.
 Cual de Hircania en las ásperas montañas,
 Tigre de pecho, y lomo remendado,
 De dulce sangre hambriento entre espadañas
 La vista asombra del vecino prado:
 Huye en tropel confuso á las cabañas
 El fiel pastor, y el tímido ganado,
 Y él harto de matar, ardiendo en zelo,
 De sus sangrientas garras lame el pelo.
 Así el jayan la tímida manada
 De humildes moros por delante lleva,
 La plaza y la ciudad alborotada,

En quien los golpes de su clava ceba:
 Acomete la real puerta dorada
 Del alcázar, adonde en furia nueva
 Haciendo entra en sus guardas y porteros
 Espantoso destrozo, y golpes fieros.

Tocan arma en las torres, y el rebato
 Suenan por la ciudad con ronco estruendo:
 Corre la gente en tropa, y con recato
 Unos aquí y allí, todos huyendo:
 En vista y hechos un cruel retrato
 De la furia mayor, dando y sufriendo
 Mortales golpes, la mejor adarga
 Hace á los suyos el que mas se alarga.

No en barreado coso toro altivo,
 Que nunca al corvo yugo ató la frente,
 Con mas furor se arroja al curso vivo,
 Con que dél huye la plebeya gente;
 Ni del confuso vulgo fugitivo
 De mas tiros, ni en presa mas ardiente
 Le acosan y le pican, que en mil modos
 Desde afuera al jayan combaten todos.

Cien espadas le hieren, y otros tantos
 Tiros repara en el valiente escudo;
 Y él, sin dar paso atrás, rompe por cuantos
 Barreras le hacen con su acero agudo:
 Lleno el alcázar real de muerte y llantos,
 Y el fiero monstruo, de piedad desnudo,
 Cruel, cuando le falta gente, enclava
 Por cimbras de oro la espantosa clava.

Del duro mármol las columnas bellas,
 Con sus grabados techos de oro abiertos,
 Que en ricos cuadros gozan por estrellas
 Retratos vivos de sus reyes muertos,
 Destroza, rompe y da, y entre ellos y ellas
 Caen, de su antigua magestad cubiertos
 Blasones, que del tiempo en la cruel llama
 Ya fueron salamandras de la fama.

Con las torres enteras caen los muros
 A sus soberbios piés, y en rabias ciego
 Por no hallar á quien busca, en los oscuros
 Desvanes siembra del alcázar fuego:
 Arde el cedro oloroso, arden los duros
 Cuadros de alerce, y al furioso entregó
 De la llama, molduras y artesones
 Caen en blanca ceniza hechos carbonos.

Creció el viento, y el fuego á las estrellas
 En resonantes globos se encarama,
 Escupiendo al subir vivas centellas,
 Que de nuevo al caer crece la llama:
 Arden las altas bóvedas, y dellas,
 El aire, el fuego á la ciudad derrama,
 Abrasando sus rojos torbellinos
 Del alcázar real los mas vecinos.

Entre esta horrible confusion, huyendo
 El cruel aspecto del feroz gigante,
 El día fué su luz desvaneciendo,
 Dando la del incendio por bastante:
 Y él al mismo teson que entró saliendo
 De la ciudad al mar llegó triunfante,
 Donde fuego tambien sembró en la flota,
 Y tomó para España la derrota.

Puédese presumir qué tuvo nueva
 De Angélica, y que va en su seguimiento,
 O que algun superior furor le lleva,
 Tras un desesperado fin violento:
 Así el noble español el gusto ceba
 De los que en atencion gozan su cuento,
 Aunque al rey el recelo, y la sospecha,
 Mas las cadenas de su amor estrecha.

Y prosiguiendo el noble Floridano,
 A Gundémáro pide alegre cuenta
 De su prision, y ¿cuándo del tirano
 Libre salió con su aficion contenta?
 ¿Cómo, y por qué le hicieron muerto en vano?
 A quien él viendo que su Arlaja atenta,

Y el rey lo mismo pide en regocijo,
 Así satisfaciendo á todos dijo.

ALEGORIA.

El sueño espantoso de Carlo Magno, significa las soberanas inspiraciones con que el cielo procura siempre regir y gobernar el apetito humano. En la discordia del campo francés, se muestran los grandes inconvenientes que trae contigo el haber en una república bandos y parcialidades, y como este es el mas eficaz desman para su destruccion y ruina; y tan poderoso, que si del cielo no viene llovido su remedio, ninguno hay en el mundo que se le pueda dar. Por Ferraguto, que estando para gozar de Angélica, y seguirla, haciéndole compañía hasta su reino, Morgante se lo estorba, dejándole de un golpe sin sentido, significa, que el apetito, estando dispuesto á seguir la virtud, aficionado de su hermosura, á la corriente del rio, que es la vida humana, Morgante, que es la voluntad, armada de las armas de la tierra, le desvia de aquel propósito, y deja sin virtud y fuerzas para él; y tras de su desenfadado antojo pasa haciendo grandes destrozos y desórdenes, sin gobernarse en ninguna cosa por la razon, á quien del primer golpe dejó muerta. Orimandro, que halla á Arlaja en un gran desconuelo, y la libra dél, significa, que con la luz y favor del entendimiento todas las cosas se componen, y las desgracias se consuelan.

LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Cuenta Gundémáro el estraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, rey de Biserta: el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.

«Es el amor omnipotente y santo,
 El leonés prosiguió, en obras divino,
 Que en fiestas suele convertir el llanto,
 Y de fortuna atar el desatino;
 Pues este que en mis causas pudo tanto,
 Tambien en esta pudo abrir camino
 Al bien presente, aunque por varios modos
 De sangre y de dolor sembrados todos.
 La reina Zaida, de Sulmán esposa,
 Por sangre igual, ó favorable signe,
 De una fuerza rendida poderosa
 A mi rostro volvió el suyo benigno:
 De mis desdichas, y de mi piadosa,
 El del rey tuvo por castigo indigno
 De los yerros de amor, y con su gusto
 En vano salió el real decreto injusto.

Dió el bárbaro en mi causa cruel sentencia
 Por el robo y la muerte desgraciada
 De mi Arlaja, y su hermano, que en Valencia
 Mas le mató su culpa, que mi espada:
 Que sea quemado vivo en su presencia,
 Y Arlaja en pompa fúnebre llevada,
 Con mis frias cenizas en la mano,
 Por mas tormento al reino valenciano.

La reina, á quien amor el blando pecho,
 O con mi vista, ó mi inocencia pudo
 Darlo de compasion humana hecho
 Al riesgo de mi vida un noble escudo;
 O por hallar los ruegos sin provecho
 Con el tirano de piedad desnudo,
 O por hacerse dueño por tal via
 Del gusto que en el mio pretendia;

De mi obscura prision fue poderosa
 A darne libertad, hecho un contrato
 Con el alcaide, y una temerosa
 Y no oida invencion por mas recato:
 Un moro, que en la edad poco dichosa
 Era, y en talle y cuerpo mi retrato,
 Dieron en mi lugar á la cadena,

De mas agravios que eslabones llena,
Y luego que en la misera garganta
Sus vueltas enredó el estrecho nudo,
A un duro lazo diron fuerza tanta,
Que le dejó el espíritu desnudo;
Y en una fiera crueldad que espanta
Muerto y desfigurado el rostro pudo
Fingir que yo era el muerto, el que el engaño
En mi provecho hizo, y en su daño.
Creó la estragemas el rey tirano,
Y la reina en prision mas amorosa
Algunos dias me entretuvo en vano,
Tras la esperanza de una fe engañosa,
Haciendo los favores de su mano
La triste cárcel menos rigurosa,
Que cárcel era, y en prision vivia,
Quien libertad y gusto no tenia.
En una torre altísima, que vuela
Sobre los muros de un jardín florido,
Que hace al vecino bosque centinela,
Y lo mejor descubre de su ejido,
Con cuidadoso recato y fiel cautela,
De la piadosa reina entretenido,
Secreto estuve, y libre del tirano,
Que hizo el muerto volver ceniza en vano.
De la torre al jardín se descendia
Por un secreto paso, en cuyas flores
El amor con sus plumas me escribia
De mi querida esposa los primores:
La reina Zaida aquí tambien venia
A verme, y en su amor, y sus favores,
Con mas recelos iba, y con mas tiento,
Cuanto menos sabia de su intento.
Hasta que su alma al fin quitó el rebozo,
Y haciendo en los regalos diferencia,
Que era en ella mostró de verme el gozo
Ardiente amor, y no benevolencia:
Pidió el retorno en mí de su alborozo,
Y el gusto, que no estaba en su presencia,
Quedó en nuevo cuidado, y por mil vias
Desvelando á su antojo las porfias.
Prometió darme el reino de Biserta,
Y á su esposo matar por gusto mio,
Como en Trípol Geber es cosa cierta
Ser rey por semejante desvario:
Mostróme la campaña y mar cubierta
De armada y fiera gente á su albedrio,
Y en belicoso alarde en mi presencia
De su bárbaro imperio la potencia.
Después del campo haré un breve retrato,
Y del primor con que su alarde hizo,
Y adonde apunta el bélico aparato
De aquel soberbio ejército mestizo:
Cuando diga en qué modo, y cuan barato
La fortuna estas máquinas deshizo,
Cuando yo en laberinto tan obscuro,
Ni puerta podia hallar, ni hilo seguro.
Del real jardín entre una selva inculta,
Del ancho muro en el cimientó grueso,
Una espantosa cueva tiene oculta,
Perdida boca en aquel bosque espeso,
Donde á gozar del fresco, que sepulta
En aquella florida cárcel preso,
Mil ratos me entretuve retirado
En su alegre frescura, y mi cuidado.
Aquí entre verde grama y nuevas flores
Un día el dulce sueño en tierno nudo
Mis sentados ligó, y de sus colores
Un gran tesoro me mostró desnudo:
De rubias masas de oro los mejores
Rayos de alegre luz, con que ya pudo
El deseo cautivar, que dió despierto
Tristes suspiros por el sueño incierto.
Pareció que en los senos de la cueva
Donde durmiendo estaba le tenia,

Y á gozar dél con gusto y fiesta nueva
Mi dulce esposa tras de mí venia:
Mas ya despierto, viendo que se lleva
Morfeo entre sus alas mi alegría,
Triste quedé, que en sueño de tal suerte
Ventura es que el dormido no despierte.
Pasóse este accidente, olvidé el sueño
En otros pensamientos divertido;
Mas siempre del tesoro un dulce empeño
De memoria alegraba mi sentido:
Siempre que vja de la cueva el ceño,
Que estaba allí me parecia escondido,
Aquello mismo que el pincel liviano
En el alma escribió con débil mano.
Hasta que al fin ayer libre y ocioso,
No sé de quién, ni cuál furor llevado,
A buscar el tesoro portentoso
Por la cueva me entré tras mi cuidado,
Y de uno en otro paso temeroso,
De la fortuna y del amor guiado,
A otro mundo llegué, y en otro mundo
El bien hallé que gozo sin segundo.»
Así el leonés decia, y al persiano,
Que con graves cuidados examina,
Del ejército bárbaro africano,
El fin que apunta, el blanco á que camina,
Y qué gente hay en él, el cortesano
Gundémaro, con lengua y voz divina;
Así le da razon, y así trasunta
Del grave alarde la soberbia junta.
«A instancia de Marsilio, que en España
Tiene la silla real de Zaragoza,
Llena de armadas gentes la campaña,
De Biserta sus muros alborozó:
Teme al francés, sospecha que le engaña
En la jornada que hace, y que no goza
Seguridad su reino, si el de Asturias
Las suyas junta á las francesas furias.
Contra esto se previene, y con Abdalla
Y Sulmán hecha liga por Valencia,
Meter quieren su gente, y reforzalla,
Tal que en Francia no halle resistencia:
Reprimir al francés, y dar batalla
A la Navarra, y la leonés potencia,
Y sacudir de Córdoba con ello
El duro yugo de su altivo cuello.
Y á todo esto de nuevo se ha juntado
La sucesion del reino granadino,
Por un grave rigor de adverso hado,
Que es de dejarlo en el silencio indino:
Viene á Sulmán el rico principado
De la ciudad, que en curso cristalino
El Darro abraza, si es cual dicen cierto
Por espantoso modo su rey muerto.
Suceso es raro, bien que sin recelo
Por verdadero corre en Berberia:
Divinas obras, que el piadoso cielo
Al mundo de su eterno brazo envia:
O sea, ó no sea así verdad, dirélo
Por las mismas palabras con que un día
Zayda me lo contó, y á ella prudente
Galirtos, que lo vió, y se halló presente.
Galirtos, rey de Alora, que pretende
Serlo tambien del campo granadino,
Y de la árabe sangre real descende,
Que á Sulmán á pedirle ayuda vino,
Por verdad este así dicen que vende
De Estordian el suceso peregrino,
Así su muerte cuenta, y deste modo
El origen tambien del reino todo.
Por festejar al bravo Ferraguto,
Que á Doralice libertado habia
De la infame prision de un jayan bruto,
Granada en fiestas de placer se ardia:
Alegre el rey, la infanta ya sin luto,

Del muerto Mandricardo, cuando un día...
¡Oh humanas vueltas! ¡quién la inmortal rueda
De los hados hará constante y queda?
A hacer de su riqueza y reino alarde,
Y dar al de Aragon su amada infanta,
De la Alhambra con él bajó una tarde
De un real jardín á la florida planta;
Y por donde mas fresco, y menos arde
El sol, y mas Generalife espanta,
A gozar fueron de las flores y aves,
Suave olor, y músicas suaves.
Cuando por arrayanes y laureles
De un moral descendieron á la sombra,
Donde de rosas hecha y de claveles
El suelo les prestó una fresca alfombra,
Que en blanda murta, y blancos mirabeles,
Entretendida su belleza asombra,
Convidado á quedarse por un rato
Al gusto de aquel cielo, ó su retrato.
Y en agradable suspension metidos,
Al ruido de una fuente que murmura
De los arpados cantos no aprendidos,
Que las aves le dan á su hermosura:
Grande rumor se oyó, grandes ruidos,
De cajas, grita y voces, que en la altura
Y techos de oro del palacio suena,
Retumba el bosque, y el jardín atruena.
Y entre el ronco atambor, y sorda grita,
Que en bárbaros sonoros instrumentos
Por la ciudad en música esquisita
Acordes dan y consónos acentos:
Así la confusion ataja y quita
Su melodía á los parleros vientos,
Que es cuanto suena en rudo desconcierto
De un tupido rumor estruendo incierto.
Como tal vez debajo el polo helado,
El Ismaro soberbio y belicoso,
Atruena en sus banquetes ocupado
Los collados del Rodope espantoso;
Y entero un jabali mal sazonado,
Medio crudo, sangriento, y asqueroso,
Brutalmente en las manos despedaza,
Y tras él colma la espumante taza:
Crece los humos del calor de Baco,
Vuélvese horrible confusion la cena,
Ruedan las tazas, y en el monte opaco
El confuso ruido de armas suena,
Los finos petos del fornido Yaco,
Y la selva de grita y voces llena,
Los ecos quiebran por las duras peñas,
De su imprudente horror bastantes señas:
Así por la ciudad el son confuso
Se dice que sonó agradablemente:
Ferraguto ignorante de aquel uso
La causa preguntó, y el rey prudente,
A quien en triste suspension le puso
El ruido alegre que formó la gente,
Que aunque fue en otros gustos de alegría,
En el suyo causó melancolía;
Así tras un suspiro el rostro vuelto
Al bravo Ferragut dicen que dijo:
«No hay bien que en mil azares no esté envuelto,
Ni mal que en el durar no sea prolijo:
Mil penas en el alma me ha revuelto
Desta música el breve regocijo,
Que siempre la memoria del contento
Es triste soledad al pensamiento.
Ya un tiempo fue, que aunque en menor fortuna
Gocé mi reino, la quisiera ahora,
Que los gustos son olas de una en una,
Y el pasado placer el que se llora:
Oye, oh valiente, si de parte alguna
Puedes saber lo que tu gusto ignora,
Es de mí solo, estáme pues atento
A cuenta del deleite de mi cuento.

Sabrás mi antiguo origen, y la causa
De los alborotados instrumentos
Con que este noble y rico pueblo aplausa
Ciertos huéspedes suyos mal contentos:
Hará mi gusto por el tuyo pausa,
Y los infaustos sin piedad portentos,
Con su larga espantosa pesadumbre,
La ocasion te dirán desta costumbre.
Contarte he los principios de mi casa,
Y desta gran ciudad que ves presente,
Los caminos por donde tan sin tasa
En nobleza creció y valor de gente:
Quien me trajo á estos riscos, en que pasa
El cristal sobre el oro reluciente,
Cuento es notorio el mundo su testigo:
Oye que así pasó como lo digo.
En la parte que de Africa se inclina
A ver del mar Océano el semblante,
Y de desnudas rocas la marina
Llana le ofrece á su furor delante,
De yertos riscos y árboles se inclina
Sobre los otros montes el de Atlante,
Como columna altísima, que el vuelo
Sustenta de las bóvedas del cielo.
No se solia empujar tan alto el risco,
Mientras que Atlante fue en aquella costa
Rey del mudable pueblo berberisco,
De tostado arenal y playa angosta:
Mas cuando vió del fiero basilisco
La górgona cabeza hecha aposta
Para criar montañas en la tierra,
Cual hoy está quedó mudado en sierra.
Antes sobre los pinos desta cumbre
Solia subirse á sustentar el cielo,
Y cargando en los hombros la techumbre,
De estrellas aliviar su curso y vuelo,
Donde Hércules la inmensa pesadumbre
Sufriendo hizo tal vez gemir al suelo:
Aquí vuelto Atlas peña eternamente
Sus orbes fija en la nevada frente.
Perseo, que es del sagaz Mercurio hermano,
Después que hubo cortado la cabeza
A Medusa, trayéndola en la mano
Deste gran rey llegó á una fortaleza:
Recibióle con término villano,
Medroso que al jardín de su riqueza
Hambriento despojase, y del tesoro
El rico árbol que da manzanas de oro.
Por tan vil presuncion hecho peñasco
Perseo le dejó, y el rico huerto,
De un fuerte muro y diamantino casco
Cercado en torno, y de cristal cubierto,
Y allí un rojo dragon, que el gran carrasco,
De las ricas granadas de oro enjerto,
Con vigilancia eterna guarde y cele,
Y sin dormir jamás sus puertas vele.
Y consagrado el dios que nació en Creta,
De allí quedó el jardín florido de oro,
Con tal virtud y propiedad secreta,
Que no sea el reino mas que su tesoro:
En él toda su dicha esté perfeta,
Su magestad consista en el decoro
Que á su sagrado muro se guardare,
Hasta allí llegue, y en parando pare.
Guardóse por mil siglos inviolable
La fiel clausura del jardín sagrado,
Hasta llegar la vuelta inevitable
De los precisos términos del hado,
Y del monstruoso pueblo variable,
De honor el cetro real vino cargado
A Ormindas, que fue ilustre padre mio,
Y alma y reino perdió en un desvario.
De la bella Zegrilda, á quien el cielo
Igual con la crueldad dió la hermosura,
En los ojos amor labró un anzuelo



Por tropezon del mundo, y su cordura:
 Mi padre á tu vejez vio este señuelo,
 Y el fuego, aunque la yesca no es de dura;
 En el seco vellon cunde sin tasa,
 Y toda una centella la traspasa.
 Dió él en amor, y en desamores ella,
 Ella en aborrecer, y él en amalla,
 Mil trazas inventó para vencella,
 Y ella para no entrar en su batalla:
 Mientras se rinde mas, mas le atropella,
 Por demás es correr para alcanzalla,
 Que el desamor los llanos vuelve sierra,
 Y en gustos encontrados todo es guerra.
 De un moro vil, aunque de tierno bozo,
 Preso su pecho fiel tenia la dama,
 Sintió el amante viejo el gusto mozo,
 Mas ¿qué no alcanzará á saber quien ama?
 Lloró celoso el ver que de su gozo
 Dueño sea quien de humilde el suyo infama,
 Y que ande en competencia, y desamado
 Un rey, con quien no alcanza á ser criado.
 Determinó quitarle con la vida
 Al nuevo Adonis el honor de sello,
 Mas quien granjea el amor por homicida,
 Ciego y lejos está de merecello:
 Quedó la dama tierna y ofendida,
 Muerto sin ocasión su amante bello,
 Aborrecido el rey, y el reino estrecho

De asombros lleno en tan horrible hecho.
 Mas ya del todo el apetito ciego,
 Intentar quiere, ó á querer se esfuerza,
 Que á apagar ó encender su torpe fuego,
 Pues no pudo el amor, pueda la fuerza:
 Vióse la dama muerta desde luego,
 Que aunque no hay quien al alma haga fuerza,
 Y el rey aun para el cuerpo no la tiene:
 Mirar por él y por su honor conviene.
 Y en este noble pensamiento puesta,
 Al rey que ardiendo ve en amor le pide,
 Que pues ya en darle está su honor dispuesta,
 Y el suyo con su ardiente gusto mide,
 En honra dél una merced honesta
 Le haga, que su antiguo enojo olvide,
 Y la goce sin él, con tal que sea
 En el rico lugar que ella desea.
 El ciego amante, que tuviera á gusto
 Y á dicha darle un largo reino entero,
 Como lo manda olvida su disgusto,
 Y en semblante de amor trueca el severo:
 Y el don al parecer templado y justo
 Le otorga, y ella en rostro lisonjero
 Tornando alegre con caricia amiga,
 Así de nuevo á que lo cumpla obliga.
 «Señor, dijo, yo siento que á mi pecho
 El amor de aquel moro tu enemigo,
 Con encantos le hizo tan estrecho

Un mago astuto que trató conmigo:
 Contra esto hay cierta yerba de provecho
 En este real jardín, que cual lo digo
 El sabio me lo dijo, y que es bastante
 A hacer aborrecer cualquier amante.
 Haz por mí, porque yo por tí me esfuerce
 A olvidar lo que ya olvidar querria,
 Que en él, al tiempo que su paso tuerce
 De la noche huyendo el blanco dia,
 Los dos entremos, para que él refuerce
 En nuestro amor con su virtud la mia,
 Y me haga que sola de tu gloria
 Quede, y no de otro rastro en mi memoria.
 Y aunque la tierna raíz con que Medea
 Al padre de Jason volvió mancebo,
 A este jardín alegre hermosa,
 Y le sustenta eternamente nuevo,
 Con ella yo tambien haré se vea.
 Tu blanca barba como el rojo Febo,
 Si es de creer que su virtud conserva,
 Y el mundo aun goza tan preciosa yerba.
 Darnos ha el árbol de su alegre fruta,
 Por tantos siglos antes no tocada,
 Y la de mi honra entre la yerba enjuta
 Del ramo de oro gozarás doblada:
 No es este antojo peticion tan bruta,
 Que no me haya de ser por tí otorgada,
 Esto has de hacer por mí, señor, si quieres
 Mis regalos gozar, y sus placeres.
 Mas si gracia me niegas tan menuda,
 Tendré este que amor llamas por antojo:
 Da á lo que pido un sí, no estés en duda,
 Que me es verte dudar notable enojo:»
 Dijo, y todo el semblante alegre muda
 En triste ceño, en blanco el color rojo,
 Con el confuso miedo, ó con la pena
 De la injusta merced de engaños llena.
 De Zegrilda la gracia peregrina
 Al rey bastara, sin llegarle el cebo
 De la rejuvenil virtud divina,
 Que hacer sabe de un viejo un hombre nuevo:
 Darle el jardín abierto determina,
 Y en él buscar el inmortal renuevo,
 Que á un bien tan raro, y gusto de tal modo;
 No es mucho precio aventurarlo todo.
 Son la vida y amor de los trofeos
 Humanos las deidades mas pujantes,
 Ante quien quedan los demás deseos
 En su comparacion por no importantes:
 Que mucho que ahora hagan devaneos,
 Si arrastra cualquier dellos los gigantes,
 Y un viejo amante para un gusto nuevo
 Desea volver, si puede, á ser mancebo?
 Determinó, pues se halla enamorado,
 Hacer obras de tal, y darle gusto
 A la que el suyo ha puesto en tal estado,
 Ahora sea justo, ahora injusto:
 Del oculto sagrario reservado
 Libre sacó con ánimo robusto
 Las llaves, cuyo peso soberano
 Jamás antes cargó otra mortal mano.
 Y porque el hurto al mundo sea invisible
 Entre el mudo silencio y sombra obscura,
 Los dos amantes al umbral horrible
 Llegan, que habia de ser su sepultura:
 El muro del jardín tembló inmóvil,
 Y al resonar la hueca cerradura
 De las puertas de bronce en pavor llenas,
 De sus torres llovieron mil almenas.
 El lustroso dragon, que puesto en vela
 Al árbol de oro inmenso tiempo habia,
 Que sin ver sueño estuvo en centinela,
 Ya en sabroso sosiego y paz dormia,
 Cuando al sordo rumor despierto vuela
 Con negras alas por la abierta via,

Que al ciego amante la engañosa dama
 A la venganza guia de su fama.
 Y en los dos estrenando su veneno,
 Ambos á un tiempo los dejó sin vida,
 Y por el pueblo, ya de asombros lleno,
 Espantosa hace y ciega arremetida:
 Huyó del viejo Atlante al fértil seno,
 Donde su furia en llamas encendida,
 Así lo alto encendió de la montaña,
 Que de sombra su humo cubrió á España.
 Madrugó el sol por ver el ciego estrago
 Que la desencantada sierpe hizo,
 Y en el rey muerto el merecido pago
 Que la dama le dió, y su amor postizo:
 Al jardín se cayó el muro aciago,
 Y el novelero vulgo antojadizo
 El oro saqueó, y el rico huerto
 El mismo dia quedar se vió desierto.
 Mas aquel Dios que en él por su decoro
 Claustro secreto á su deidad tenia,
 Los robos castigó, y cobró el tesoro
 Con tristes muertes que en crueldad llovía:
 Nadie sin religion tocó en el oro
 Que á la planta inmortal de luz vestia,
 Que aunque al templo la culpa restituya,
 No pague en infeliz morir la suya.
 Hallóse la ciudad de muertos llena,
 De horribles sombras y temor los vivos,
 El reino despoblado, y yo en la pena
 Que podian darme males tan esquivos;
 Cuando un sabio alfaquí, en noche serena
 Contando al duro cielo los motivos
 De sus doradas vueltas, leyó en ellas
 El fin á que nos llaman las estrellas.
 Y «huye, me dijo, de la tierra odiosa,
 Que ya aqui el hado el reino y paz te niega,
 Y en procurar ciudad mas venturosa
 Al viento manso y á la mar te entrega;
 Y de esa fruta de oro prodigiosa
 Con una busca la espaciosa vega
 Del rio, que buscando arenas de oro
 Con el suyo igualare á tu tesoro.
 Allí al abrir el sol sus rayos bellos
 Sin arar la pondrás en su remanso,
 Y hasta que peines nieve por cabellos
 Deste azote el rigor hallarás manso:
 Allí tendrás alcázares, y en ellos
 Reino seguro y próspero descanso,
 Sin que la pena y el castigo lleves
 Desta culpa comun, si alguno debes.»
 Dijo, y con la dudosa profecía
 Habla y alma huyó del cuerpo muerto,
 Y yo entre tantos miedos otro dia
 Con mis gentes bajé al vecino puerto:
 Junto á la playa un bosque espeso habia,
 De grama todo y de arrayan cubierto,
 Adonde con humildes sacrificios
 Los dioses intenté de hacer propicios.
 Sentados de la selva en lo mas llano
 Siete lucidas vi abultadas peñas,
 Y en la mayor de todas de mi mano
 Hacer quise un altar entre las breñas:
 De una pesada almádana lozano
 El peso alcé, y á las primeras señas
 De querer hacer golpe el pardo risco,
 Temblando comenzó á mostrarse arisco.
 Y una voz, que aun ahora en los cabellos
 Su horror siento, sonó, que así me dijo:
 «Deja de herir los montes, á mí en ellos,
 Oh tú, del ciego Orminda incauto hijo:
 Deja el inútil campo, que á los bellos
 Del claro Darro harás curso prolijo,
 Y en los tiernos cristales de su orilla,
 De hermosura la octava maravilla.
 En estas siete peñas convertidas

Dejó del fiero Górgon la cabeza,
De Atlas las siete nietas conocidas
Entre los astros con mayor belleza:
Estas sus carnes son endurecidas,
Huye de hacer agravio á su entereza,
Que esta tierra de hoy mas á tus intentos
Llena de horror está, toda es portentosa.»

Dijo, y como arrojado con las manos
Del riguroso hado el puerto dejo,
Y con mis temerosos africanos
En cuatro naves por el mar me alejo,
Por donde entre arrecifes y pantanos,
Siguiendo de los cielos el consejo,
Llegué á Motril, y allí en su tierra, como
Por favorable agüero el puerto tomo.

Y en escuadron formado con mi gente
Del lugar en que estoy me certifico,
Y ciudad á mi pueblo permanente
De argamasados muros fortifico:
Un año estuve allí, que el inclemente
Rigor del hado, en desventuras rico,
Su crueldad templó, y en trato amigo
La ira disimuló, y cubrió el castigo.

Mas dió principio á destemplarse el cielo,
Arder el aire, y á humear la tierra,
Y en mortal peste el enemigo suelo
Manchó cuanto el humilde pueblo encierra:
Yo, que en nuevos cuidados me desvelo,
En triste estaba y congojosa guerra,
Cuando una sombra, envuelta en sueño vano,
Así en tono me dijo soberano:

«Las nieves rompe, y deste suelo ardiente
En otro mas templado harán sus nidos,
Los que á gozar bajaren de tu gente
Del Genil claro páramos floridos:
Allí el oro, que el árbol escelente
Granó, te dará alcázares floridos,
Y la fruta feliz, de hombres preñada,
Parirla sentirás gente granada.»

Dijo, y yo temeroso los portentos
Adoro, y con su luz me determino,
Y por las sierras pasos abro atentos,
Y entre la blanca nieve ancho camino:
Subo á la cumbre, doblo sus asientos,
Llego al fin á este arroyo cristalino,
Y haciendo adoracion debida al cielo,
La tierra abrazo humilde, y beso el suelo.

Y el concurso dejando de los míos
Por la corriente abajo, cuando el alba
De blanco aljófar los escarches frios
Se viste, con que al sol hace la salva;
Sobre este monte, entre sus claros rios,
En la ladera mas desierta y calva,
La luz adoro, y mi granada fijo,
Donde ya el cielo tantas veces dijo.

¡Estrañó caso! solo concedido
Al brazo eterno, que los mundos rige:
Del sol el rayo apenas vió encendido
Con su luz de oro el que primero dije,
Cuando el preñado globo, revestido
De alegre claridad, no hay quien afije
En él los ojos; que otro sol parece
De hermosura mayor que el que amanece.

Y como si en sus senos se embobiera
El que por su horizonte iba naciendo,
Para despues parir la luz entera
Se fue esponjado, en proporcion creciendo:
Creció el oro, creció la luz primera,
Y dentro comenzó un sonoro estruendo,
Como entre flores codicioso enjambre,
Que del tierno rocío anda con hambre.

Y ya exalado en vaporosa nube
El primer resplandor del oro ardiente,
Cual dorado celaje, cuando sube
Al descender el sol por el Poniente,

En breve rato que mirando estuve
La neblina y vapor resplandeciente,
Con la fuerza del sol fue adelgazando,
Y á irse empezó tras el calor volando.

Y entre el desvanecerse la neblina,
Y por su seno entrar la lumbre bella,
En admirable pompa y luz divina
Criarse esta ciudad pareció en ella:
Su arquitectura y obra peregrina
Entre vislumbres comenzó á movella
Por los ojos la nube, que en su vuelo
Subir se veía por el aire al cielo.

Comienzan á mostrarse los cimientos
Que ya el oro amasó de piedra dura,
A traslucirse el muro y los asientos
Deste alcázar real, y su hermosura,
Sus bellos ventanajes y aposentos,
Y el romper de las torres por su altura,
Las almenas y muros levantados,
Y del humilde vulgo los tejados.

Y la reciente máquina, que altiva
Con torres y dorados chapiteles,
Al parecer tras de la nube se iba,
Plantada se quedó en estos vergeles;
Y no solo ciudad, mas ciudad viva,
Llena de hombres, no de ánimos crueles,
Como unos que espigó otra vez la tierra,
Que en miedo los sembró, y los parió en guerra.

Mas pueblo sin furor, gente amorosa,
Que la granada amores significa,
Y el ser de oro la vuelve mas preciosa,
En fe mas noble, en condicion mas rica:
Recibióme con pompa suntuosa
La ciudad nueva, y que le sea suplica
Piadoso rey pues sola en mí persona
Sus muros de oro afijan la corona.

O fuese impulso natural, ó fuese
La propiedad del oro que fue mio,
O que ya el hado por allí quisiese
Disculpar su pasado desvario:
La ciudad nuevame pidió le diese
Leyes, como su rey, á mi albedrío,
Y por sus calles en soberbia pompa
Mi nombre hacen que los aires rompa.

Admiróme de ver la muchedumbre
De nuevas gentes sin nacer criadas,
Sus palacios y templos, que una cumbre
Del cielo hacen sus bóvedas doradas:
De mi alcázar la excelsa pesadumbre
Con las puertas de bronce no forjadas,
Muros, torres, ventanas, miradores,
Majadas poco antes de pastores.

Y entre estas maravillas y sobornos
De la fortuna un nuevo sobresalto
El alma me llenó de los retornos
De que ningun contento vive falto:
Dejó mi primer pueblo en los contornos
Deste collado generoso y alto,
Esperando mi vuelta, ya no hallo
Como en la ciudad nueva aposentallo.

Guerra se me apareja, ó hado incierto,
Dije entre mí cuando pensé que habia
El ancla echado en el seguro puerto,
Adonde me arrojó tu misma guia:
Mas entre un bien dudoso, y un mal cierto,
La ciudad llamo á la presencia mia,
Donde cuenta le di de mi congoja,
Y que el remedio en tanta duda escoja:

O admitiendo en sus muros á mi gente,
O á mí dejándome ir á procuralle
Ciudad y adonde un pueblo permanente
Pueda, cual me lo manda el cielo dalle:
Mas todos en tropel confusamente,
que no la saque piden de aquel valle,
Mas que de su ciudad recién nacida

La mejor parte dé, y la mas cumplida.
Y á hacerse un pueblo de los dos conmigo
Los de mas peso van y suficiencia,
Pues en ser uno nuevo, y otro antiguo,
Solo, y no en mas, está la diferencia:
Yo, dando al cielo gracias, el amigo
Escuadron busco en presta diligencia,
Que al blando abrigo de una sierra fria
Al reir del alba le dejé aquel dia.

Mas, ¡oh altibajos de la humana vida,
Y cuan inciertos sois al mas prudente!
No mi gente hallé fuerte y fornida,
Mas en vez della otra menuda gente,
Que por las hojas de un moral subida
Ciudad labraba, y pueblo diferente,
De estrechas casas, y capullos ricos,
A torno hechos de sus tiernos picos.

Quién ya del todo alcanza el suyo hecho,
Y quién le va enarcando y dando tumbos,
Quién labra las paredes, quién el techo,
Quién los cimientos, quién por otro rumbo,
Echando los niveles trecho á trecho
Su casa traza, y quién por el derrumbos
De algun seco troncon desesperado,
Por no labrar la suya, está ahorcado.

Los unos de nno, y otros de otro modo,
Y todos juntos la obra comenzada
Tejiendo apriesa, y revolviendo todo
El fresco ramo donde va enredada,
Siendo la tierra de argamasa y lodo
De la ciudad en aire fabricada,
La virtud que en sus venas fructifica
El que dellos con mas fervor fabrica.

Dejéronme asombrado los portentos,
Mi nueva gente y sus menudos nidos,
Cuando del cielo vino por los vientos
Esta divina voz á mis oidos:
«Tambien tú labrarás tus aposentos,
Oh nuevo rey de los recién nacidos,
Con que a ti sobre ti el jardin derecho,
Por sucesor del que lo dió deshecho.»

Huí medroso del rigor del hado,
La nueva gente que tras mí venia,
Viendo el largo escuadron, que allí abreviado
Menudo pueblo en que meterle hacia:
Compasivo del caso no esperado,
Las casas cada cual que mas podia
A las suyas por huéspedes se lleva,
Y con cuidado las regala y ceba.

Y así desean los nuevos ciudadanos,
Que en el templado aliento de su pecho,
Cada florido abril suelen ufanos
Prestarles vida, como ahora han hecho:
Y porque el cielo con temores vanos
Tal vez de su quietud turba el provecho,
Por asombrarles las fantasmas tristes
A tiempos hacen el rumor que oistes.

En él la vida y medicina puesta
De los asombros destas gentes tiene,
A estos piadosos fines hace fiesta
El que en su casa huéspedes mantiene;
Y este el origen es del reino, y desta
Ciudad, y en lo que dentro se entretiene,
De lo demás el cielo placentero
Los monstruos trueque en favorable agüero.»

Así el anciano rey en su discurso
Cuantan que relataba el de su vida,
Y que en suspension triste acabo el curso
Della, y ellos: el alma envejecida
En ordinarias penas, al concurso
De estrellas abreviada y reducida
A un punto indivisible, en nuevo modo
Tras sí se fue llevando el cuerpo todo.

Y encogiendo los miembros tan apriesa,
Que se desbarató la forma humana,

Los blancos hilos de la barba espesa
Seda se hicieron amarilla y cana;
Y el abreviado cuerpo, haciendo presa
En una hoja del moral liviana,
Se dice que, en gusano convertido,
Por ella comenzó á tejer su nido.

Causó el asombro desta nueva esquiva
Miedo en el corazon mas confiado,
Que ¿quién hay de los vivos que no viva
A este riesgo sujeto y sentenciado?
¿De qué se engrie el hombre, ó en qué estriba?
¿En qué hace pié el soberbio, en qué el hinchado,
Si el tiempo así á los reyes soberanos,
Como al pueblo comun, vuelve gusanos?»

Alborotóse la ciudad, la gente,
Acudió á ver la nueva maravilla,
La bella Doralice, que presente
Al caso está turbada y amarilla,
El llanto y el dolor con que lo siente
Al de menos piedad causa mancilla,
Cubrióse ella, el palacio, y Ferraguto,
De tristes paños de grosero luto.

Y de la tierna dama el pecho tierno
Prolijos dias sin salir estuvo
En las tinieblas del dolor paterno,
Que el justo sentimiento la detuvo;
El moro aragonés, que al del infierno
Le pareció tan largo llanto, tuvo
Modo para partirse, aunque en la llama
Antes se ardia de la bella dama.

Mas como por ventura era su intento
El gusto de un antojo disoluto,
Viendo tan dilatado sentimiento,
Enfadóle el dolor, cansóle el luto:
Ordena su partida, y dando al viento
Los ajenos suspiros por tributo,
Se va, y deja á los tristes sin alivio,
Que un deseo ya cumplido siempre es tibio.

Llegó la nueva á la afligida dama,
Con que se comenzó de nuevo el llanto,
Y el suceso, el desman, la muerte llama
De su primer esposo; y el espanto
De su delito, el riesgo de su fama,
Y el agravio presente pudo tanto,
Que en sus lágrimas tierna consumida
Llegó á perder tras el honor la vida.

Sobre el sepulcro de su muerto esposo,
Como á pedir venganza dél ausente,
Lloró sus quejas, y el dolor copioso
De lágrimas sacó larga corriente:
Formóse dellas un estanque hermoso,
Y de sus ojos una alegre fuente,
Donde al tierno cristal que el llanto deja,
El vulgo llama ya Fuentelaqueja.

Esto es la que á la reina el rey de Alora
Contaba, y como yo la apreudí della,
O sea el modo de muerte con que llora
Su rey Granada, y su princesa bella:
Fingido, ó verdadero, no sé ahora
Lo cierto de su hado, ni su estrella:
El ser muerto es lo cierto, y que pretende
Sulmán el reino en que el Genil se estiende.

Y á estas varias empresas, y al deseo
De dar venganza al cuerpo de Agramante,
Cuya cabeza es bárbaro trofeo
Al fuerte escudo del señor de Anglante,
De la abrasada Libia el pueblo feo, t
Hecho un confuso ejército abundante,
De altiva pompa, á vista de Biserta
La playa tiene de hieldad cubierta.

Siguen el tremolar de sus banderas
Deste apartado mundo las naciones,
Cuantas en torno habitan sus riberas,
Siembran su arena, y vuelcan sus terrones,
De adonde Atlas encumbra las laderas,